

ANGELITOS NEGROS

© Alberto Omar Walls

Cuéntame un cuento de hadas, anda cuéntamelo, y me quedaré calladita. Jadí estaba que se caía de sueño. Sabía que no podría más. Durante todo el día estuvo fregando suelos, haciendo la comida o cuidando a Jorgito, quien la amenazaba a cada momento con escurrirse de la cuna y caerse al suelo. Por eso, cuando la niña Lucita le pidió a Jadí que le contara un cuento, se puso llorar tanto que parecía no acabara nunca. ¿Pero que le contara un cuento?, ¿un cuento sobre qué cosa?, ¿a cuento de qué empezar ahora con un cuento? Además, Jadí juraría que ya no se acordaba de ningún cuento. Mientras lloraba con lágrimas silenciosas y abundantes, temiendo siempre que pudiera inundar la habitación y luego fuera amonestada por echarlo todo a perder, Lucita insistía en que le contara cualquier tipo de cuento. Jadí, anegada en llanto, miró hacia la ventana y se sorprendió de ver un muchachito muy pequeño, con su carita negra y

reluciente, que de detrás de los cristales le hacía múltiples muecas.

Tanta carantoña la hizo reír a carcajadas. Nunca antes había conocido a ningún muchacho con tamaño desparpajo ni capacidad para hacer reír sin hablar. En un momento dado, él le hizo señas para que se le acercara hasta la ventana. Después de dejar de llorar, le sobrevino la extrañeza. Dudó si llegarse hasta los cristales de la ventana o frotarse los ojos para obligarlo a desaparecer, pero un impulso la hizo levantarse de la sillita donde había estado sentada y anduvo cuatro pasos hasta ponerse bien cerca de aquel muchachito menudo. De verdad que era pequeñito y frágil.

Cuando Jadí, llena de curiosidad, se decidió a abrir la ventana, el muchacho de la cara tan simpática había desaparecido. En su lugar se proyectaba más allá del hueco de la ventana la imagen de uno de los mantos más hermosos que le había visto antes a la noche. Miles de estrellas brillaban con rutilantes destellos sobre el fondo oscuro e inmenso del cielo nocturno. Volvió el rostro hacia atrás para contarle a la niña Lucita el descubrimiento que había hecho, pero observó que se hallaba recostada sobre la colcha de la cama y parecía haberse dormido.

Entonces le sobrevino el recuerdo de una pequeña historia que le había contado su abuela Fatou, y que a ella le contaron cuando era niña y vivía en la región de Thies,

allá en Senegal. A su abuela Fatou se lo contó el viejo Benoit, uno de los más conocidos grióts que tocaban el cora y contaban los cuentos en su bella lengua wolof. El cuento decía que algunas noches salían angelitos para salvar a las niñas de sus penas y melancolías del corazón, o para dormir a aquellas que no tienen sueño, o también para equivocales los caminos a las gentes malas metiéndolas en un laberinto del que no pueden salir; pero que sólo son capaces de verlos aquellas seres que aún conservan la mirada limpia.

El haberse detenido en el recuerdo de la abuela Fatou, su pueblo y toda su familia la hizo de nuevo llorar, pero sintió que ya no estaba sola, que no había desconsuelo en su pecho, pues imaginaba que cada una de aquellas lucecitas que se proyectaban en el firmamento eran otros tantos angelitos que cualquier noche de estas, si se sentía demasiado triste, podían tocarle en su ventana y hacerla reír con sus gracias y alegrías. Cerró con mucho respeto la ventana y dejó del otro lado, en los dominios de la noche, el valor de la evocación a través de los cuentos. Comprendió el gran poder de aprendizaje que tienen los cuentos en el territorio de los niños y se prometió contarle aquel mismo cuento al día siguiente a la nena Lucita.

Después de haber metido bajo las sábanas el cuerpo dormidito de la niña, apagó la luz y cerró la puerta de la habitación. Supo entonces que miles de estrellas angelitos estaban en el cielo pendientes de ella.

Mientras se bebía un vaso de su refresco favorito azucarado y con mucha vainilla, hecho con pétalos de la flor del bisaps rojo, se imaginó que los grióts de la noche senegalesa tañían con sus coras aquellos hermosos cánticos melancólicos con los que entonan los cuentos que acompañan en sus sueños a todos los niños de este mundo y, en sus soledades, a las jóvenes negras que están fuera de su país y creen que han olvidado cantar y contar historias.